

De nuestra vida real

Te estoy mirando

Por LÁZARO LORENCIS MORENO



Vengo observando, desde hace rato, cómo empeños que se acometen con muy buena voluntad y bajo principios muy nobles, poco después comienzan a permearse de vicios hasta echar por tierra el loable esfuerzo que los erigió para el bien de la comunidad.

Ese es el caso de las ópticas en Ciudad de La Habana, a las cuales se les ha inyectado una buena dosis de renovación, humanizando el trabajo y haciendo más efectivo el servicio que brindan.

Recientemente, sin embargo, pasé por uno de esos momentos que uno no le desea ni a su peor contrincente.

Después de varios meses de insoportable espera, recogí mis anheladas gafas de "luz larga", pero, al recibirlas, me las entregaron rotas y con los cristales sueltos.

La joven recepcionista estaba lívida, no sé si por la pena o por mi semblante ceñudo. En definitiva, no sin antes darme no sé cuántas explicaciones, me recomendó que encaminara mis pasos a otra óptica cercana

donde supuestamente pondrían remedio al mal.

En el nuevo establecimiento me recibió una muchacha que estaba empeñada en domeñar su rebelde cabellera. Ante mi requerimiento, lanzó un estridente grito hasta el fondo del taller, clamando por la persona que debía componer lo que otros habían descompuesto.

Y apareció el susodicho, un joven galán que dedicó su tiempo a charlar con una criollita que le esperaba, mientras con un gesto de desagrado rechazaba las gafas partidas que, de lejos, mostraba la recepcionista. Nada, que él no estaba para eso. Viendo que allí no iba a encontrar solución a mi problema, enrumbé hacia el centro de La Habana.

Caminando por la calle Galiano, vine a dar con una cuentapropista que examinó mis lentes y moviendo la cabeza en señal de desaprobación me dijo:

-Acabaron contigo. Esto te va costar 20 pesos.

Media hora más tarde aparecía con mis gafas en las manos, mientras me brindaba una exhaustiva explicación.

-Mira, tratando de ponerle el cristal, que habían biselado mucho, rebajaron en exceso el aro de metal, lo que provocó que se partiera cuando trataron de ajustar el tornillo; así astillaron, de paso, el vidrio. Le puse un suplemento del mismo tipo de metal al aro, soldé y después rebajé en la piedra, así como reforcé con silicona ambos cristales para evitar cualquier situación; no obstante, si se les aflojan o desprenden, tráigalos que, por la mitad del precio, yo se los aseguro.

Mejor ni en el Almendares.

Cuando me acercaba a mi casa, más sosegado que alegre, un vecino me alabó los espejuelos, aunque dio gracias a Dios por no tener que usarlos. Yo pensé: qué bueno, porque si al final de nuestras vidas casi todos necesitamos de las ópticas antes que de los servicios necrológicos, voy adelantando mi estancia en el purgatorio; y hablando de funerarias... ese será el tema de un próximo trabajo.